

Bohumil Bad'ura

El caso de algunos ex-misioneros jesuitas austriacos: las gestiones para su liberación

El propósito de este artículo¹ es seguir detalladamente la actividad diplomática austriaca relativa a la liberación de cuatro jesuitas provenientes de los países hereditarios de María Teresa, antiguos misioneros en Hispanoamérica y detenidos en España después de la expulsión de su orden. La intervención de la diplomacia imperial en favor de los jesuitas no ha pasado inadvertida en la bibliografía correspondiente. Sin embargo, todavía no han sido examinados con la debida atención algunos documentos cuyo estudio es de gran importancia para el mejor conocimiento de los impulsos y el transcurso de las gestiones diplomáticas y para precisar los datos biográficos de los cuatro jesuitas austriacos, es decir los padres Andrés Michel, Jorge Fraidenegg, Ignacio Fritz y Juan Nepomuceno Erlacher.²

¹ Una primera versión de este artículo fue publicada en *Ibero-Americana Pragensia*, XXIX (1995), pp. 167-188.

² En lo que atañe a las gestiones diplomáticas, la presentación de estos pormenores se basa esencialmente en la correspondencia del príncipe de Lobkowitz, embajador imperial en España (1772-1776), con las cortes imperial y española y con sus colaboradores en Cádiz, y en la análoga correspondencia surgida después de que Lobkowitz hubiese dejado su cargo. Aunque el autor se sirvió para el tema también de los documentos guardados en Haus-, Hof- und Staatsarchiv en Viena y en el Archivo General de Simancas, la mayoría de los papeles de Lobkowitz aprovechados aquí proviene del Archivo familiar de los Lobkowitz de Hořín (Lobkovicové hořínští), depositado en Státní oblastní archiv (Archivo Regional de Estado), Žitenice en Bohemia. Otros pormenores serán de carácter biográfico. Las obras que tratan de los misioneros jesuitas adolecen a veces en este aspecto de inexactitudes. Si nos limitamos a los discrepantes datos en lo que se refiere a Erlacher y Fritz, encontramos que los autores difieren en cuanto a las fechas y lugares de su nacimiento y muerte. Aprovecharé esta nota para resolver este problema en cuánto lo permitan fuentes fidedignas. — Ignacio Fritz, al contrario de lo que opinan varios autores (p. ej. Josef Vraštil, Zdeněk Kalista, Václav Ryneš y Rudolf Grulich) no nació en Olomouc, sino en Opava, donde fue bautizado el día

El decreto sobre la expulsión de los jesuitas de España y de sus posesiones ultramarinas tuvo forzosamente –y el gobierno español lo suponía– repercusión en el extranjero. El conde de Mahony, embajador de España en Viena, informó a su ministro de Estado, el marqués de Grimaldi, que la noticia “ha hecho mucho ruido en esta corte”.³

La corte española trató de hacer del antijesuitismo un asunto de común interés para ambas monarquías. Presentaba a los jesuitas como elemento peligroso que siempre sabría burlar las leyes u órdenes establecidos. La acentuación de la perfidia de los jesuitas debía servir de argumento y apoyo para conseguir la orientación común de la corte madrileña y vienesa, con objeto de alcanzar la finalidad más deseada de

6 de octubre de 1715, recibiendo los nombres Ignatz Maxmilianus. Sus padres eran Johann Maxmilian Fritz (hijo de Davidt Ernst Fritz) y Susana Elisabeth, hija del alcalde Mathias Ernst Frantz, quienes se casaron el 24 de enero de 1701. Johann Maxmilian fue ennoblecido y llevaba el título von Adlersfeld. Las matriculas parroquiales permiten también descartar anteriores conjeturas sobre el año de la muerte de Ignacio. El antiguo misionero murió de fiebre pútrida (Faulfieber) el 5 de febrero de 1794. Esta fecha se podía leer también en su sepulcro: “Hier ruhet P. Ignatz Fritz von Adlersfeld seines Alters 79 J. † 5.2. 1794”. (Véanse: *Libro de bautismos, 1696-1720*, fol. 224; *Libro de matrimonios, 1627-1719*, fol. 703 de la parroquia de la Virgen María – prepositura; *Libro de defunciones 1785-1835*, fol. 63, de la parroquia del Espíritu Santo, asimismo en Opava; Josef Nirtl, *Alte Troppauer Grabinschriften (1789-1804)* – manuscrito. Todas estas fuentes se encuentran en Zemský archiv (Archivo del País) en Opava. La facilitación de estos datos se la agradezco a Jiří Stibor, colaborador científico del mencionado archivo. Lo que los registros parroquiales no resuelven son discrepancias respecto a la fecha del nacimiento de Fritz. Las fechas 15-2-1715 o 17-2-1715, indicadas por Grulich (1981: 80) o por Kašpar y Fechtnerová (1988: 174), preceden considerablemente a la fecha del bautismo, único punto de apoyo seguro, ya que el libro de bautismos no indica el día del nacimiento. El mismo carácter tiene el registro de bautismos de la ciudad de Chomutov, en la que nació y el día 8 de mayo fue bautizado Joannes Nepomuceno Ignatius Erlacher (*Libro de bautismos, 1704-1724*, p. 251, Státní oblastní archiv –en adelante SOA– Litoměřice, Matriky 62/6). La fecha de su nacimiento, el 7 de mayo, que se indica generalmente en la literatura es probablemente correcta. Sus padres eran Hieronymus Erlacher y Maria Elisabetha Habermannin, casados el 31 de enero de 1711 (*Libro de matrimonios, 1685-1723*, p. 469, SOA Litoměřice, Matriky 62/5). Erlacher, cuya defunción situán distintos autores en diferentes fechas erróneas, murió de hidrótorax (‘Brustwassersucht’) el 18 de noviembre de 1793 y fue sepultado el 20 de noviembre (*Libro de defunciones, 1771-1800*, pp. 393-394, SOA Litoměřice, Matriky, 62/33).

³ Mahony a Grimaldi, Viena, 30-4-1767, min. esp., Archivo Histórico Nacional (en adelante abreviado AHN) Madrid, Estado, leg. 3518 (1).

la política española respecto a la Compañía. Es bien conocido que los gobiernos de los Estados en cuyo territorio la orden de los jesuitas fue prohibida no se contentaban con este paso. Ya antes de que los primeros jesuitas abandonaran forzosamente las posesiones ultramarinas de España, empezó a gestionarse, en las cortes borbónicas, la extinción total de la Compañía. Recordemos aquí sólo la aspiración de las cortes española y francesa a recibir el apoyo de Viena para la común insistencia de las principales monarquías católicas ante el Sumo Pontífice, con la finalidad de lograr la extinción universal de la orden.

En la carta, donde el ministro Grimaldi habla de los motivos que unen a las tres cortes borbónicas (española, francesa y napolitana) y la portuguesa en el deseo de ver a la Compañía de Jesús completamente liquidada por el Papa, advierte al conde de Mahony: "Bien conoce V. E. de cuanto peso será que la corte de Viena una sus oficios con los nuestros, o a lo menos manifieste igual deseo: Pues de no hacerlo así, tendrá Roma el efugio de que no debe ni puede extinguir una orden que subsiste protegida y muy bien admitida en toda la Alemania." Grimaldi enumera los argumentos, o como el mismo dice, las "especies" de los cuales el embajador podría servirse en sus conversaciones, concluyendo: "Y por de contado, aunque el Ministerio de Viena tenga alguna duda sobre las cosas que se atribuyen a la Compañía, no dejará de confesar que es partido más seguro unirse a las demás potencias en el asunto de que todas a boca llena le aseguran depende la salud pública: especialmente debiendo ser esta condescendencia un acto muy grato a ellas y un nuevo motivo de más estrecha unión."⁴

Las conversaciones que tuvo el embajador Mahony con la emperatriz y con el secretario del Estado, el príncipe de Kaunitz (véase Apéndice documental I), mostraron que la corte de Viena no compartía las ideas expresadas por el ministro español. Ni la emperatriz ni Kaunitz veían en los jesuitas un peligro para la tranquilidad en los países hereditarios de María Teresa. Viena rehusaba tomar parte en las diligencias que los mencionados gobiernos harían en Roma y lo único que prometió era no oponerse si las potencias amigas lograban del Sumo Pontífice el cumplimiento de su deseo. Es divertido ver que Mahony,

⁴ Grimaldi a Mahony, Madrid, 8-12-1767, orig. esp., AHN Madrid, Estado, leg. 3518 (1).

comentando la actitud de Kaunitz, mencione, para demostrar que también en los reinos de la emperatriz los jesuitas fueron en el pasado un elemento de intranquilidad, su expulsión de Bohemia y Moravia en los años 1618 y 1619. Además de la equivocación en las fechas (en realidad la expulsión de Bohemia precedió a la de Moravia), parece pasar por alto que los jesuitas, el sujeto e instrumento principal de la Contrarreforma, fueron expulsados por los “herejes” vencidos después en la Montaña Blanca gracias a la ayuda de España. De las palabras de la emperatriz podemos deducir que no se inclinaba a suponer que los miembros de la Compañía fuesen delincuentes, por lo menos no en sus países, donde la Compañía adquirió tantos méritos por su obra de contrarreforma. El práctico y bien informado Kaunitz estaba por lo demás persuadido –y en esto no se equivocó– de que durante el pontificado de Clemente XIII las gestiones para la extinción total de la Compañía no tenían ninguna probabilidad de éxito.⁵

El marqués de Grimaldi no ocultó su irritación en cuanto a la actitud del príncipe de Kaunitz y a su defensa de la inocuidad de los jesuitas en los países hereditarios. Según su opinión, las razones de Kaunitz fueron “tan endeble que sería agraviar a la penetración de ese ministro el persuadirse que él de buena fe las cree poderosas. Entra suponiendo que ahí se ignoran los procedimientos perversos de dichos regulares y que en esos dominios no han dado motivo de quejarse de ellos. Y si esto es así será por querer cerrar los ojos a cuanto de muchos años a esta parte está pasando en toda Europa, donde no hay hombre instruido que ignore ser general, uniforme y despótico el sistema y gobierno de la Compañía. Querer sostener (como repetidas veces ha dicho a V. E. el Príncipe Kaunitz) que sólo los jesuitas alemanes carecen del talento y la capacidad de los demás de su ropa, hasta llamarlos el mismo ministro grandes ignorantes, es dar a entender que o el ser nativo de ese País les hace tales; cuya aserción incluiría un agravio a toda la nación que en ninguna boca parecería más injusto que en la del dicho ministro; o que se gobiernan por distintos principios, lo cual es un absurdo. Además de que tenemos la experiencia tanto en nuestra Península como en las Américas de no haber sido los menos intrigantes los jesuitas alemanes

⁵ Mahony a Grimaldi, Viena 9-2-1768, min. esp., AHN Madrid, Estado, leg. 3518 (1).

que ha habido”.⁶ Sin embargo, Grimaldi no veía la probabilidad de que Viena cambiase su posición expectante. La corte española tenía que contentarse con la esperanza de que el proceder de Viena no desmintiese los alegados que esgrimirían otras potencias católicas en Roma.

En 1768 empezaron a regresar a Europa los jesuitas expulsados de Hispanoamérica. Entre los que quedaron reclusos en España, sin permitirles el regreso a su patria, hubo también algunos que provenían de los países hereditarios de María Teresa. Desde el año 1772 la emperatriz empezó a interesarse por su liberación. Su interés no correspondía a una política de principios tendiente a reclamar la restitución de la libertad a todos los jesuitas sus vasallos. La emperatriz no trató de llegar a saber cuántos de sus súbditos estaban detenidos en España ni el porqué de esta detención. El impulso tuvo que venir de fuera. Sólo entonces la emperatriz procedió a intervenir, por medio de sus diplomáticos, en la corte española, y mostró en ello gran constancia.

A principios de septiembre de 1772, la emperatriz informó al príncipe Augusto Antonio José de Lobkowitz, su nuevo embajador en España, del interés que tenía por tres jesuitas, sus súbditos, mostrando su deseo que el gobierno español les permitiese volver a su patria. En su carta recuerda la exitosa intervención imperial en favor de los miembros de la misma orden encarcelados en Portugal. Sin embargo, el embajador debía proceder con cautela. Antes de hacer alguna gestión en esta materia, tenía que hablar con el marqués de Grimaldi para llegar a saber si la mediación en favor de los tres jesuitas no fuera a disgustar al rey, o si no habría motivos para no consentir su retorno. Por lo demás, Lobkowitz podía asegurar al marqués de Grimaldi que, otorgándoseles a estos religiosos la libertad de regreso (y en este caso el embajador les podía adelantar a cuenta de su soberana los gastos de viaje), la emperatriz se encargaría de mantenerles dentro de los convenientes límites y se responsabilizaría de que no se hablase de ellos.⁷

Adjunta a la carta de la emperatriz iba otra que dio origen a la intervención. Este documento, “solicitado por los parientes de los tres reli-

⁶ Grimaldi a Mahony, El Pardo, 8-3-1768, orig. esp., AHN Madrid, Estado, leg. 3518 (1).

⁷ María Teresa a Lobkowitz, Schönbrunn, 1-9-1772, orig. fr., Státní oblastní archiv (en adelante SOA) Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cartón 22.

giosos” era la carta de Nicolas Muszka, s.j., autoridad suprema de la Provincia jesuítica de Austria, en la cual avisaba a la emperatriz que en el puerto de Cádiz quedaban todavía tres miembros de la orden, vasallos de la reina, es decir los padres Jorge Fraideneegg, Ignacio Fritz y Juan Nepomuceno Erlacher, que habían cumplido con sus obligaciones misioneras en Hispanoamérica. Pidió, como anteriormente en el caso de los jesuitas encarcelados en Portugal, la mediación de la emperatriz, para que también sus vasallos detenidos aún en España pudiesen gozar de libertad y pasar el resto de sus vidas sirviendo a su soberana.⁸ El provincial probablemente desconocía que en España quedaba todavía, privado de la libertad otro antiguo misionero jesuita, el padre Andrés Michel, que se había iniciado en la Provincia de Bohemia y actuó después en la Nueva España. Éste quedó fuera del interés de la Emperatriz y de su diplomacia hasta el año 1776.⁹

Hablando con Grimaldi, al embajador le fue asegurado por el ministro, que desconocía completamente que en España quedaran todavía tres padres súbditos de la emperatriz. Al día siguiente le informó de que el rey había mostrado la misma ignorancia y que se había mandado escribir a Cádiz para indagar sobre el asunto. Según la opinión del ministro Grimaldi, no debería haber dificultad en cuanto a la vuelta de los religiosos. Lobkowitz no dejó de participar al marqués que la emperatriz prometió asumir la responsabilidad por ellos y enviarles a los lugares alejados.¹⁰ Al pasar más de dos meses sin ninguna noticia por parte del ministro, el embajador, no sabiendo si debía atribuir el silencio al olvido de Grimaldi o a la larga enfermedad del empleado que

⁸ P. Nicolaus Muszka a María Teresa, s.l., s.d., orig. alem., SOA Žitenice, Lobkovicové hořínští, cart. 36.

⁹ Andrés Michel era oriundo de Liběšice, lo que comprueba él mismo en su carta del 4-8-1776. Descarta así la conjetura que aparece todavía en Grulich (1981: 53) de que nació en la ciudad de Litoměřice. Ni la fecha de su nacimiento ni de su bautismo pueden averiguarse, ya que la matrícula de bautismos en Liběšice para los años anteriores al 1746, se perdió o por lo menos se desconoce su paradero. Generalmente se indica que nació el 21-6-1732, fecha que aparece también en el *Catálogo de nombres, patrias, edades y grados de los sujetos de la Compañía de Jesús de esta Nueva España*. Años 1715-1766. Biblioteca Nacional de México, Departamento de manuscritos, Ms. 1772.

¹⁰ Lobkowitz a María Teresa, Madrid, 24-10-1772. min. fr., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

tenía el asunto en sus manos, presentó al ministro una nueva nota. El ministro le prometió pronta contestación. Además, expuso la convicción de que la respuesta estaría plenamente conforme con el deseo de la emperatriz.¹¹ Pero a pesar de su promesa Grimaldi siguió dando largas al asunto. En su carta a la emperatriz, el embajador aludía al problema de los tres jesuitas como a una muestra de la lentitud y de la negligencia con que se procedía en la corte española. “Hablé de este asunto con el señor Marqués de Grimaldi a partir del mes de octubre del año pasado”, escribía el príncipe de Lobkowitz. “Se lo recordé en el mes de enero del corriente y después de haberle pasado tercer oficio en consecuencia de las órdenes recibidas de Vuestra Majestad, me respondió que lo haría recordar al Consejo Extraordinario, el cual nos dejará posiblemente esperar todavía un tiempo ilimitado antes de hacernos saber si estos padres están de veras en Cádiz o en otra parte.”¹² La respuesta de Grimaldi relativa a la suerte de Fraidenegg, Erlacher y Fritz (véase Apéndice documental II), llegó a finales de septiembre de 1773, siete semanas después de la cancelación total de la Compañía por el nuevo Papa Clemente XIV. La emperatriz, que no conocía todavía la carta del ministro español, creyó que con la disolución de la orden resultaría más fácil conseguir que le fuesen enviados los tres jesuitas. Al mismo tiempo amplió el cometido de Lobkowitz: ya que en Portugal posiblemente quedaban aun encarcelados algunos jesuitas, súbditos de la emperatriz, el embajador debía tratar de procurarles la libertad para el

¹¹ El mismo a la misma, Madrid, 31-1-1773, min. fr., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

¹² El mismo a la misma, s.l., s.d. (en respuesta a su carta del 2-6-1773), min. fr., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22. El Consejo. Lo extraordinario mencionado por Lobkowitz era, según las palabras del encargado de negocios imperial P. P. Giusti, “una diputación del Supremo Consejo de Castilla, establecida para la investigación de los asuntos de jesuitas”. Estaba integrada por el gobernador, tres consejeros y el fiscal Campomanes. En otro documento califica Giusti al Consejo Extraordinario de tribunal. (Véase Juretschke/Kleinmann (vol. 6, 1976: 366, 458). El gobernador del Consejo de Castilla Manuel Ventura Figueroa presidía también al Consejo Extraordinario. El Consejo emitía las consultas para el rey y después de la decisión afirmativa respecto a la liberación de los ex-jesuitas, daba las órdenes para que fuesen efectivamente liberados.

regreso a su patria, "procediendo por vía del ministro de Portugal en Madrid o por la que pareciera la más conveniente".¹³

El contenido de la mencionada respuesta de Grimaldi difería de la conjetura pesimista de Lobkowitz, pero también de las prometedoras palabras del ministro español en cuanto al resultado de la mediación de María Teresa. La carta no confirmaba ni desmentía si los religiosos estaban en Cádiz (en realidad el lugar de su reclusión era el Puerto de Santa María), separando su filiación jesuítica de la causa de su detención. Desde el punto de vista jurídico, lo más remarcable en esta breve y negativa respuesta es la concepción de Grimaldi de que a los jesuitas no se les permitía establecerse en Hispanoamérica sin devenir previamente vasallos del Rey de España. Al contrario de esta afirmación, ellos mismos se consideraban sujetos a los soberanos de sus países de procedencia, en nuestro caso a la emperatriz.

La respuesta, que excluía la posibilidad de libertar a los tres padres antes de la conclusión del pleito que se seguía con ellos, bastó para que la diplomacia imperial dejara de ocuparse de ellos. ¿No se trataba precisamente del motivo "que no admitía el retorno de estos religiosos a su patria", es decir, de una de las circunstancias mencionadas el 1-9-1772 por la emperatriz, de cuya no existencia debía depender el comienzo de las diligencias en favor de los religiosos? Mas, a pesar de la desalentadora respuesta de Grimaldi, las gestiones empezadas hacia un año no solamente continuaron, sino que entraron en una nueva y más activa fase.¹⁴ Antes de dirigirse otra vez al gobierno español, el embajador tenía que buscar informes que pudieran servirle de apoyo y de argumento en sus notas. Por esta razón fue necesario localizar a los tres ex-jesuitas, entrar en contacto con ellos y verificar de qué eran culpados.

Mientras tanto uno de ellos, Ignacio Fritz, procedente de una familia noble que llevaba el título de Adlersfeld, había logrado por medio de

¹³ María Teresa a Lobkowitz, Schönbrunn, 3-10-1773, orig. fr., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

¹⁴ Lobkowitz, sin esperar nuevas instrucciones, comunicó a su soberana que, a pesar de que los tres padres fueron detenidos presuntamente por razones ajenas en absoluto a los agravios imputados a la Compañía, él se esforzaría por llegar a saber por qué estaban procesados y trataría de obtener su liberación, suponiendo que después de eso le sería más fácil apresurar su retorno a los Estados de la emperatriz (Lobkowitz a María Teresa, Madrid, 28-12-1773, min. fr., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22).

una carta informar de su reclusión en España a sus hermanos en Silesia. Estos se dirigieron a la corte de Viena con una representación, comunicando en ella que Ignacio estaba detenido a perpetuidad en el Puerto de Santa María, al parecer sin ser culpable, solamente debido a la casualidad de tener el mismo apellido que otra persona de la orden buscada por las autoridades españolas. Solicitaron la intervención de la corte para la obtención de su libertad, tratándose de un súbdito de la emperatriz y antiguo miembro de la Provincia Jesuítica de Bohemia. Esto último lo confirmó, en el adjunto certificado, el último rector¹⁵ del antiguo colegio jesuita en la ciudad de Opava (Silesia), el doctor Joannes Schram. La Cancillería de Estado envió la copia de la solicitud al príncipe Lobkowitz, con el encargo de indagar bajo mano, si Fritz fue realmente víctima del mencionado error, y de empeñarse, si el error fuese comprobado, en conseguir su liberación, pero sin hacer de esta cosa “un asunto de la corte”. El embajador debía proceder en todo esto según su mejor parecer.¹⁶

Para obtener los necesarios informes, Lobkowitz se dirigió a Paolo Greppi, cónsul imperial en Cádiz y comerciante de vastas relaciones. Por medio de éste y de Francisco Grömling, antiguo secretario personal de Lobkowitz, establecido ahora también en Cádiz, se consiguió, primero, contacto con Fritz.

Según la carta de Grömling del 27-9-1774, sus primeras tentativas, lo mismo que las de Greppi, de hablar con el religioso, no tuvieron éxito y Grömling ya empezaba a considerar la posibilidad de entrevistarse con él como una cosa imposible, o por lo menos una de las más difíciles. De acuerdo con sus palabras, Fritz estaba tan estrechamente vigilado que no era posible acercarse a menos de treinta pasos a la ventana del cuarto en que se hallaba, y su comida era examinada por dos o tres centinelas para evitar que por esta vía recibiese algún mensaje.¹⁷ Estos informes diferían de la verdad. Después de una semana Grömling confesó su equivocación: Fritz vivía, junto con Erlacher y otros tres antiguos misioneros (Melchior Strasser, Michael Mayer y

¹⁵ A partir del 31-5-1772. Ver Fechtnerová (1993: 472).

¹⁶ La Cancillería de Estado a Lobkowitz, Viena, 9-7-1777, orig. fr., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 20.

¹⁷ Grömling a Lobkowitz, Cádiz, 27-9-1774, orig. fr., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 36.

Javier Kissling) en el monasterio franciscano de San Antonio, donde, con ocasión del nacimiento del infante (muerto hacía poco)¹⁸ les facilitaron mayores posibilidades de movimiento. No estaban rigurosamente encerrados, como erróneamente se había supuesto, sino que podían salir de sus cuartos y pasear libremente por el jardín.¹⁹ Esto fue confirmado por la carta de Greppi, el cual añadía que además de la facilidad de andar por todo el convento, los ex-jesuitas podían tratar a otros padres y recibir visitas de fuera, estándoles solamente prohibido salir del recinto del monasterio. Aún más largamente que Grömling describía la conversación que habían tenido durante dos horas con Fritz.

Los ex-misioneros no tenían al parecer ninguna escasez material, pero la limitación de su libertad debía causarles no poca aflicción, sobre todo en las condiciones de incertidumbre respecto al motivo de su prolongada detención. En el transcurso de la conversación con Greppi y Grömling, Fritz insistió en “no saber ni poder imaginarse el motivo de su adversa suerte”. Según sus palabras, era un simple misionero y fue arrestado en Valdivia, ciudad de Chile, al regresar de las misiones entre indios de aquellas fronteras, mientras que los otros cuatro fueron arrestados en Chiloé. Fritz informó a sus visitantes de que, durante los seis años de la reclusión, no habían sido procesados y solamente una vez fueron interrogados, teniendo que responder a tres preguntas: La primera, relativa a sus nombres, patria y estudios, la otra, si habían pasado a América voluntariamente u obligados por su general, y la tercera, qué medios tenían por más eficaces para la conservación de las misiones en los países donde actuaban. Respondieron unánimemente que habían pasado a América de su propia voluntad, con el consentimiento de sus superiores, para trabajar en las misiones, y que el medio más seguro para la conservación de las misiones era la observación de las reglas establecidas para este fin por el rey.

Los socios de Fritz, exhortados por Greppi y Grömling para decir abiertamente lo que sabían o podían pensar acerca de su desgracia, declararon que no se sentían culpables de nada “fuera de su hábito y profesión”, y que lo único que podían imaginarse era la posible sos-

¹⁸ Probablemente Carlos Clemente (1771-1774), hijo del futuro Carlos IV.

¹⁹ Grömling a Lobkowitz, Cádiz, 4-10-1774, orig. fr., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 36.

pecha de su supuesta relación con los ingleses, debido a las equivocadas e inseguras conjeturas deducidas de los discursos de un viejo socio, el cual hablaba a menudo de los ingleses, poniendo su actividad como ejemplo a seguir por los españoles. Mas en esta sospecha no podía ser incluido Fritz, porque no estaba con ellos.²⁰

En lo que tocaba al trastrueco de las personas del mismo apellido como posible causa de la detención de Fritz, a lo que se aludía en la carta de sus hermanos, el religioso, sorprendentemente, negaba esta probabilidad. Afirmaba que él nunca había pensado tal cosa ni la había escrito a sus parientes, a quienes sólo participó el lugar de su detención. Declaró que entre los jesuitas no hubo ninguno “de su nombre”.²¹ Estas palabras, por supuesto, podían anular el argumento que, en caso de que fuera cierto, debía servir al príncipe de Lobkowitz para la intervención especial en favor del ex-jesuita silesiano.

Pero después de tres semanas Ignacio Fritz, por medio de Guillermo Labiringoyen, persona de su confianza, que vivía en el Puerto de Santa María (casa de Don Juan Ignacio Deurs, Calle de Palacio) dirigió a Greppi una carta, reiterando su inocencia y corrigiendo su declaración refutatoria a propósito de la posible confusión entre las personas del mismo apellido.

“En orden a la equivocación de mi nombre –escribía el religioso– aunque en la provincia de Chile ningún sujeto tuvo en propiedad este nombre, Fritz, la pudo haber con todo eso en el nombre y en la persona. La razón es, primero, porque yo me hallo comprendido en el número de los padres con quienes nunca había estado, pues ellos han vivido en las misiones de Chiloé, yo en las de la frontera de Concepción, algunos grados distante y más por medio ocupado a reducir los indios bárbaros a nuestra santa fe o en el cultivo de los que [fueron] reducidos; segundo, quando el señor marqués Zeurina formó algunas interrogaciones, ya muchas veces reiteradas, le pregunté: ‘Señor, cómo me hallo yo comprendido en el número de estos padres con quienes yo nunca he vivido ni he tenido correspondencia?’ Me respondió: ‘Padre mío, cuando a mí me vino orden para poner esos padres en reclusión eran señalados cinco

²⁰ Greppi a Lobkowitz, Cádiz, 4-10-1774, orig. it., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 36.

²¹ Ver nota 19.

y el quinto no pareció ni parece; de esto se dio parte al Consejo y vino señalado vuestra reverencia.' Y preguntándole yo el motivo de mi reclusión, me respondió: 'Padre mío, yo lo ignoro.' 'También yo, señor, le diré no lo sé. Glorioso es padecer por Jesucristo.' Tercero, en Chile hubo un Padre llamado Fritz del [!] el cual casi todo el tiempo de su vida empleó en el cultivo de las almas de aquella provincia. Por medio de sus apostólicos afanes y sudores ha puesto todas aquellas misiones, así gloriosas como laboriosas, en la mejor forma. Este padre de más de 80 años de edad acabó la carrera de su vida mortal en Lima en el hospital de los hermanos de San Juan de Dios; a quien, aunque no tenía delito alguno, con todo eso supimos que si él hubiese arribado en este puerto, le hubiera cabido la misma suerte. Así con mi nombre Fritzl o Fritz pudo haber alguna equivocación."²²

Greppi, confirmandole al religioso el recibo de su carta, expresó la opinión que las reflexiones en ella contenidas acerca de lo que pudo dar margen "a la equívoca reclusión de su persona" acrecentarían en el ánimo del embajador la disposición favorable para solicitar y alcanzar su libertad. En el mismo pliego solicitó el cónsul la ayuda del religioso en la búsqueda del paradero de "cierto padre Fraidenegg, que se cree pueda hallarse también recluso en ésa", es decir, en la ciudad del Puerto de Santa María.²³

Fraidenegg, el último de los tres jesuitas cuya liberación pidió el príncipe de Lobkowitz en nombre de la emperatriz ya en el año 1772, y sobre el cual el embajador precisaba tener indispensables y fidedignos informes, estaba recluso, lo mismo que Andrés Michel, en el antiguo Hospicio Indico, lo que Greppi aún no sabía. No tardó mucho en descubrirlo y al principio de diciembre, no pudiendo trasladarse personalmente (ya que estaba enfermo) al Puerto de Santa María, confió a Grömling la tarea de ponerse en contacto con el ex-jesuita.²⁴

²² Fritz a Greppi, Puerto de Santa María, 28-10-1774, cop. esp., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 36. La carta fue editada en Juretschke/Kleinmann (vol. 6, 1976: 95).

²³ Greppi a Fritz [Cádiz], s.d. cop. esp., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 36.

²⁴ Greppi a Lobkowitz, Cádiz, 6-12-1774, orig. it., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 36.

Mientras tanto Lobkowitz, apoyándose en los informes contenidos en las cartas de Greppi, Grömling y Fritz, dirigió a Grimaldi una nota, recordándole también las diligencias hechas ya hace dos años en pro de los tres religiosos por cuya liberación se interesó la emperatriz. Participando al ministro lo que llegó a verificar sobre la suerte de los padres Fritz, Erlacher y sus socios (Strasser, Mayer y Kissling), detenidos en el mismo lugar, expresó la esperanza de que Grimaldi tomara bajo su protección a “la pobre gente que no se siente culpable de nada” y que se encargara de mandarles definitivamente examinar y de procurarles la libertad, si fuese realmente reconocida su inocencia.²⁵

Para seguir las diligencias en favor de los ex-jesuitas, el embajador precisaba enterarse lo más detalladamente posible de los datos biográficos de Fraideneegg. Grömling, como en el caso de Fritz, hizo constar las dificultades que retardaron su tarea de ponerse al habla con este religioso. Al fin, gracias de un oficial que conocían, y aprovechando la guardia del mismo, pudo entrevistarse con Fraideneegg y ponerse al corriente de las vicisitudes de su vida. Para el futuro contacto, el religioso le dio la dirección de su amigo, el señor Verlachen (Van Laken) de origen flamenco, que vivía en el mismo puerto.²⁶ Greppi le envió a Fraideneegg el cuestionario, deseando obtener más informes (véase Apéndice documental III). Fraideneegg contestó a todas las preguntas, añadiendo a su carta, a instancia de Greppi, la lista de los antiguos misioneros expulsados de México y recluidos todavía como él en el hospicio sin haber sido procesados (Apéndice documental IV). De su carta es evidente, que entonces ni siquiera en el hospicio los presos quedaban privados de la posibilidad del contacto con las personas de afuera.

El embajador Lobkowitz, provisto de abundantes informes, pasó, todavía en diciembre de 1774, otra nota al ministro Grimaldi, repitiendo en sustancia el contenido de las respuestas de Fraideneegg y solicitando su libertad (Mundwiler 1902: 661-663). Tampoco esta vez el ministro se dio prisa. Quien la necesitaba con la mayor urgencia era el padre

²⁵ Véase Mundwiler (1902: 659-661). Publica en la traducción alemana la nota cuya minuta en francés se encuentra en SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 36.

²⁶ Grömling a Lobkowitz, Cádiz, 8-12-1774, or. fr., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 36.

Fraideneegg, cuya vida se aproximaba rápidamente a su fin. El 1º de abril de 1775 el desgraciado religioso murió.

Como respuesta a una carta del barón Püchler, secretario del gabinete de la emperatriz, quien le había informado que ésta, en lo tocante a los ex-jesuitas, sus vasallos detenidos en España, dejaba al arbitrio del embajador el modo de obrar en su favor,²⁷ el príncipe de Lobkowitz le avisó que todavía seguía esperando la contestación de la nota dirigida al marqués Grimaldi. Lobkowitz estaba convencido de que los ex-jesuitas estaban sufriendo desde hacía siete años la pena por un crimen “del cual son probablemente menos culpables que un niño recién nacido”. Su crítica del procedimiento judicial cuya víctima eran los ex-jesuitas la acompañó con la queja de la “extraordinaria lentitud con que se despachan todas las cosas”, añadiendo que en la mayoría de los casos se llegaba a sufrir la negativa después de haberse esperado meses enteros una simple respuesta.²⁸

El 21 de mayo, avisó Fritz a Greppi que el 18 del corriente había llegado al gobernador del Puerto de Santa María la orden de la corte para que despachase a los antiguos jesuitas detenidos todavía en el Puerto, quedando exceptuados de esta disposición él, J. N. Erlacher y dos padres del hospicio, cuyos nombres ignoraba. Desconociendo las consecuencias que podía tener esta excepción, suplicó a Greppi que tratase de dilucidarlas y planteó la suposición de que el embajador hubiese felizmente logrado en la corte su empeño “en favor de la inocencia oprimida”.²⁹ Greppi le respondió que había pasado la copia de su carta a Lobkowitz. Al mismo tiempo no ocultó las dudas en que le pusieron los renglones del religioso. No comprendía si las palabras “despachar a todos los padres detenidos” significaban que la orden del Rey era que se les diese la libertad o fuesen mandados tierra adentro o embarcados para Roma. Deseaba de Fritz que le aclarase esta duda y asimismo le informase si los dos padres del hospicio eran vasallos de sus Majestades Imperiales. En caso afirmativo –opinó Greppi– “podría-

²⁷ Püchler a Lobkowitz, Viena, 16-1-1775. orig. fr., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

²⁸ Lobkowitz a Püchler, Madrid, 10-2-1775, min. fr., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

²⁹ Fritz a Greppi, Puerto de Santa María, 21-5-1775, cop. esp., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 36.

mos interpretar favorablemente la exclusiva, combinándola con empeños de Su Alteza” (es decir del embajador Lobkowitz). Deseándole a Fritz que consiguiese cuanto antes su libertad, le previno que para este fin “era muy del caso que se excusara en sus cartas de términos que pudiesen, en la contingencia del extravío, dar margen a equívocas interpretaciones”. Añadió que este consejo venía del embajador.³⁰

Para aclararle a Greppi el sentido de sus palabras relativas al despacho de los detenidos padres, Fritz le hizo llegar la lista de los ex-jesuitas señalándole los obispados y monasterios a los cuales debían pasar.³¹ Debajo de la lista figuraban los nombres y apellidos de los ex-jesuitas enfermos y los lugares de su destino, con advertencia que “los enfermos no han venido señalados de la corte, sino aquí les señalaron a cada uno a su respectivo destino”. Entre los seis religiosos enfermos se encontraba también Andrés Michel destinado al monasterio de los trinitarios descalzos en Rambla, pero quien de hecho no abandonó el antiguo Hospicio Indico en el cual estaba recluso.

Es muy probable que Lobkowitz no dependiese del envío de la lista por Greppi para saber que la orden de despachar a todos los padres de la Compañía de Jesús detenidos en el Puerto de Santa María no significaba más que su conducción a varios conventos esparcidos en los obispados de Zamora, Plasencia, Salamanca, León, Ciudad Rodrigo, Astorga y Córdoba. Los papeles en su archivo no aclaran su pensamiento en cuanto al significado de la continuación de Erlacher y Fritz en el lugar de su presente detención.³² En otra carta a Püchler, en la cual le informa de la muerte del padre Fraidenegg, no se expresa con mucho optimismo: “Permanezco todavía entre el miedo y la esperanza si

³⁰ Greppi a Fritz [Cádiz], 23-5-1775, cop. esp., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 36.

³¹ “Lista de los monasterios y conventos a donde deben conducirse los ex-jesuitas que se expresarán detenidos en la ciudad del Puerto de Santa María, según lo propuesto por los Reverendos Obispos respectivos y lo acordado por el Consejo en el Extraordinario celebrado en 4 de mayo actual [1775].” SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 36.

³² Sin embargo parece que con el tiempo llegó a interpretarla positivamente, como un paso en favor de los padres, ya que a fines de diciembre de 1775 hace constar que la permanencia de los dos ex-jesuitas en el puerto de Santa María fue lo único que se hizo para ellos aunque sin participarles algo sobre su futuro. Véase Juretschke/Kleinmann (vol. 6, 1976: 233).

obtendré la libertad de los dos que aún quedan”, escribe, anunciando a la vez que había recibido hacía poco la carta de Fritz, pero de un contenido tan obscuro, que no comprendía lo que el religioso quería decir. Agrega que pidió a Fritz que se explicase más claramente, y que mientras esperaba su respuesta abogaba bajo mano por su liberación y vuelta a su patria después tan largo exilio con los principales miembros del Consejo de Castilla, donde el asunto de los padres se había discutido. “En todo caso Su Majestad tenga a bien estar convencida”, concluye Lobkowitz, “de que si no tendré suerte de conseguir su libertad [de Fritz] es necesario imputarlo solamente a la máxima fundamental, establecida, al parecer, aquí, de disgustar a todo el mundo en todos los asuntos en los cuales se sospecha, sin demasiado fundamento, que se exigen de ellos cosas contrarias a su interés.”³³

Mundwiler (1902: 663) supone que a fines del año 1775 el embajador probablemente reiteró su solicitud. No encontré ningún documento que lo confirmase.³⁴ Lo cierto es que Lobkowitz tuvo que esperar a la contestación de Grimaldi hasta el 4 de febrero de 1776. Esta vez el ministro comunicó al embajador en respuesta a sus oficios en solicitud de que se diese libertad “a los ex-jesuitas alemanes Juan Nepomuceno Schlacher [!], Ignacio Fritz y Jorge Fraydenegg”, que el rey “ha dado orden al Consejo Extraordinario, atendiendo a la recomendación de la Emperatriz Reina, para que efectivamente se ponga en libertad a los dos primeros”, bajo la promesa hecha por el embajador, de que vivirán retirados en una de las provincias interiores de los dominios imperiales. Fraydenegg, según constató Grimaldi, no podía ser incluido en esta merced debido a su fallecimiento.³⁵

³³ Lobkowitz a Püchler, Madrid, 8-7-1775, min. fr., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

³⁴ En su carta del 25-12-1775 al príncipe Kaunitz informa solamente de la conversación que había tenido hacía poco con Manuel Figueroa, en la cual insistió en que éste le consiguiese la libertad para Erlacher y Fritz o le informase, para su propia justificación, del crimen en que habían incurrido. Figueroa le dio la más halagüeña (“allerschmeichelhaftigste”) respuesta, pero a Lobkowitz no le abandonaban las dudas. Ver Juretschke/Kleinmann (vol. 6, 1976: 233).

³⁵ Grimaldi a Lobkowitz, El Pardo, 4-2-1776. orig. esp., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 36. Al día siguiente informó Lobkowitz de esta carta, añadiendo su traducción al francés, a la Cancillería de Estado en Viena; ver Österreichisches Staatsarchiv, Abt. Haus-, Hof- und Statsarchiv Wien (en adelante

A pesar de esta noticia favorable Lobkowitz hubo de volver a convencerse del acartonamiento de la burocracia española. Entonces ya se preparaba a dejar su cargo diplomático (idea que aparece en su correspondencia desde el año 1773) y regresar a Viena. Antes de salir de España deseaba ver que sus diligencias en favor de Fritz y Erlacher, empezadas hacía más de tres años, fuesen coronadas con la liberación efectiva de ambos religiosos.

Éstos recibieron con alegría la decisión del rey que les comunicó Greppi,³⁶ pero su situación real no cambió. Se necesitaban nuevas gestiones para que los dos reclusos pudiesen verse efectivamente libres, ya que las autoridades en el Puerto de Santa María seguían careciendo de las órdenes para su liberación. Greppi pudo solamente asegurar al embajador que no perdería de vista la evolución del asunto y que no dejaría de hacer todo lo posible para el pronto embarque de los eclesiásticos.³⁷ El 23 de febrero Lobkowitz instruyó al cónsul como debía proceder en cuanto al financiamiento del viaje de los dos padres.³⁸ Preocupación muy laudable mas cuya utilidad efectiva dependía de la pronta liberación. Al principio del marzo de 1776 pidió Greppi al marqués de la Cañada encargado, en el Puerto de Santa María, también de los asuntos de los ex-jesuitas, que llevase a la práctica lo dispuesto por el rey.³⁹ El marqués le contestó que no había recibido aún ninguna orden en este particular y que sin ella no podía dar en esta cosa ninguna providencia. Hizo observar a Greppi y al príncipe de Lobkowitz, que los sacerdotes en cuestión quedaban detenidos en el Puerto de Santa María “por una orden particular del Supremo Consejo de Castilla, no obstante haber éste dado destino a todos los demás de esta clase”.⁴⁰

ÖStA-HHStA), “Spanien Diplomatische Korrespondenz”, cart. 106, Mappe 1148, fol. 21r-v.

³⁶ Greppi a Lobkowitz, Cádiz, 23-2-1776, orig. it., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

³⁷ Ver nota anterior.

³⁸ Greppi a Lobkowitz (refiriéndose a la carta de L. del 23-2-1776), Cádiz, 8-3-1776, orig. it., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

³⁹ Greppi al marqués de la Cañada [Cádiz], 1-3-1776, cop. esp., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

⁴⁰ El marqués de la Cañada a Greppi [Puerto de Santa María], s.d., cop. esp., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

Greppi atribuía la inacción a la que el marqués se vio obligado “no más que a la habitual lentitud e indiferencia del ministerio”. La única esperanza para los dos ex-jesuitas la veía en el empeño del embajador.⁴¹ Lobkowitz, deseando acelerar la puesta en libertad de los dos eclesiásticos, se dirigió a Manuel Ventura Figueroa, gobernador del Consejo de Castilla, el cual le prometió evacuar el negocio de los religiosos todavía antes de su partida.⁴² El 21 de marzo el marqués de Grimaldi le comunicó a Lobkowitz la noticia recibida de Figueroa, de que el Consejo había acordado se pusiesen Erlacher y Fritz a la disposición del embajador y se les condujese al puerto que éste señalaría. Solicitó a Lobkowitz que le anunciase en qué puerto se embarcarían dichos eclesiásticos, y el nombre de la persona que se debía encargar de ellos, para que lo pudiese participar al Consejo.⁴³

Lobkowitz no se dio por satisfecho con el oficio de Grimaldi, y aunque estaba a punto de ir al Pardo, donde se encontraba la corte y adonde le llamaba la obligación, visitó antes de partir al ministro, pidiéndole la carta para el gobernador del Consejo, a fin de que éste, todavía con el correo de aquella noche, enviase la orden de poner a los dos padres en libertad y de confiarlos a Greppi. A éste le volvió a ordenar que informase de la próxima partida de los eclesiásticos a los señores Brentani (banqueros genoveses que debían facilitar el avance del dinero para su viaje) y al conde Cosimo Conti, cónsul imperial en Génova, el cual debería a su vez avisar a la corte de Viena, para que de allí le enviasen las órdenes relativas a la destinación de ambos padres. Éstos, durante su estancia en Cádiz, habían de permanecer tranquilos y sin hablar ni negativa ni positivamente de la situación en la que vivían en los últimos nueve años.⁴⁴ Al recibir la carta del embajador, Greppi “esperaba de un momento a otro” que Erlacher y Fritz le fuesen entregados. Aseguraba a Lobkowitz de cuidar la provisión y el embarque de

⁴¹ Ver nota 38.

⁴² Lobkowitz a Greppi [Madrid], 19-3-1776, min. it., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

⁴³ Grimaldi a Lobkowitz, El Pardo, 21-3-1776, orig. esp., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 36.

⁴⁴ Lobkowitz a Greppi [Madrid], 22-3-1776, min. it., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

los padres, y de prevenirles que estuviesen moderados en hablar.⁴⁵ La entrega que significó su liberación efectiva se realizó probablemente en la segunda mitad de abril. En el archivo de Lobkowitz falta la carta de Greppi del 31 de mayo, mencionada por él en junio,⁴⁶ en la cual informaba a Lobkowitz de los últimos trámites relativos a los dos padres. El 3 de mayo comunicó el cónsul a Lobkowitz que partirían para Génova en la nave inglesa Carlotta, no queriendo enviarlos en la primera (The Molly) que se disponía a salir después de su liberación debido a la grosería y arrogancia del capitán de este barco.⁴⁷

La correspondencia entre Greppi y Lobkowitz disipa la duda expresada por Mundwiler (1902: 664) respecto a la ruta del regreso de los padres, es decir, si volvieron a través de Holanda, Francia o Italia. Lo que las fuentes no precisan, es la fecha de su salida, pero no cabe duda de que Erlacher y Fritz partieron todavía en mayo.⁴⁸ ¿Se encontraron en algún momento con el embajador, también de vuelta a los Estados de su soberana? Parece que Greppi contó con esta posibilidad. En la carta del 25-5-1776 le hace al príncipe la presentación de los padres, recordando el placer mezclado con la compasión que le causaron las conversaciones que tuvo con ellos y durante las cuales conoció todavía con mayor precisión su bondad e inocencia. Esperaba que el príncipe compartiese su experiencia y que procurase todo lo necesario para la comodidad y sustento de los eclesiásticos.⁴⁹ Desconozco si el saliente embajador se encontró con los que le debían su libertad.⁵⁰ Lo cierto es que Erlacher y Fritz llegaron felizmente al Reino de Bohemia – ambos probablemente

⁴⁵ Greppi a Lobkowitz, Cádiz 28-3-1776, orig. it., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

⁴⁶ Greppi a Lobkowitz, Cádiz, 25-6-1776, orig. it., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

⁴⁷ Greppi a Lobkowitz, Cádiz, 3-5-1776, orig. it., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

⁴⁸ Greppi a Lobkowitz, Cádiz, 25-5-1776 y 25-6-1776, orig. it., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

⁴⁹ Greppi a Lobkowitz, Cádiz, 25-5-1776, orig. it., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

⁵⁰ Los eclesiásticos se detuvieron probablemente algunos días en Milán, recomendados por Greppi a su padre, domiciliado allí.

ya en 1776.⁵¹ Los costos de los dos ex-jesuitas fueron menores de lo que Lobkowitz había supuesto. Greppi se puso de acuerdo con el marqués de Terry, capitán general del Puerto de Santa María, que la mayor parte del dinero para el viaje y también la parte del coste de la indumentaria la facilitaría la Real Hacienda.⁵²

Después de la salida de Lobkowitz, quien tomó el camino de regreso en mayo de 1776, la embajada quedó a cargo del secretario Pedro Pablo de Giusti, hasta la llegada (en octubre del mismo año) del nuevo embajador Domenico Andrea, conde de Kaunitz Rietberg-Questenberg.

También a Giusti y a Kaunitz les tocó ocuparse de la suerte de algunos ex-jesuitas, entre ellos de la de Andrés Michel, último de los antiguos misioneros, vasallos de la emperatriz, para el cual todavía no había llegado la hora de la libertad. Pero lo ocurrido con sus compatriotas despertó en él la esperanza de que también su propia suerte pudiese cambiar favorablemente. Además de la liberación y del retorno de Erlacher y Fritz, le alentaba el rumor de que el rey había prometido la vuelta a la patria a los vasallos de María Teresa. El 4-8-1776 escribió Michel a Greppi, empleado imperial más cercano a su paradero, haciéndole notar que también él era oriundo del Reino de Bohemia. Esperaba que el cónsul pudiera ayudarle a lograr la deseada merced. La carta contiene asimismo interesantes detalles sobre la vida del autor hasta su

⁵¹ Los dos ex-jesuitas regresaron a sus lugares de nacimiento, es decir, Erlacher a Chomutov y Fritz a la ciudad de Opava. Erlacher (en algunos documentos aparece como Erlacher von Erlsbach) al llegar a Bohemia, vivió primeramente en la casa profesa en Malá Strana (Praga). En 1777 pasó a la ciudad de Chomutov y se alojó allí en la casa N. 42, domicilio de su hermana, donde se quedó a vivir hasta su muerte. (Ver Státní ústřední archiv Praha, ČG-EJ, cart. 33 y 71.) Ya en 1776 le fue adjudicada una pensión anual de 300 florines. Actuó en la iglesia decanal de Chomutov, confesando a los feligreses y administrando sacramentos a los gravemente enfermos. En enero de 1781 lo administró también al ex-jesuita Ignacio Tirsch, misionero expulsado de Nueva España, el cual sucumbió el 19-1-1781 a su enfermedad y fue sepultado el 21 del mismo en la cripta de la iglesia decanal. (Véase Matricula de entierros, SOA Litoměřice, Matriky 62/33, p. 151 y Státní ústřední archiv Praha, ČG-EJ, cart. 34.) La misma labor espiritual desempeñó en Opava Ignacio Fritz. Ninguno de los dos aprovechó su regreso para dejar huella en la literatura relativa a las misiones.

⁵² Greppi a Lobkowitz, Cádiz, 25-6-1776, orig. it., SOA Žitenice, RA Lobkovicové hořínští, cart. 22.

encarcelamiento en el Puerto de Santa María.⁵³ Aunque con bastante retraso, la adversa suerte de Michel empezó a interesar a la emperatriz, pero su interés no era originado por la mencionada carta. Ésta fue pasada por el cónsul a Giusti, quien la envió el 2-9-1776 a Viena.⁵⁴ Pero la cancillería de Estado, ya el 3 o a lo más tardar el 7 de septiembre, hizo saber al encargado de negocios que por orden de la emperatriz debía emprender las diligencias en favor de Andrés Michel, ex-jesuita “oriundo de Leitmeritz [sic] en Bohemia”.⁵⁵ De la fecha de esta orden puede deducirse que la emperatriz recibió la noticia de que en España quedaba todavía su vasallo, anhelando la liberación y el permiso para la vuelta, a más tardar en el mes de agosto. Es probable que los portadores de la noticia, que no dejó de llegar a los oídos de la reina, fueran los libertados paisanos de Michel.

Al encargado de negocios Giusti le importaba mostrar sus capacidades diplomáticas. Su primer éxito fue la consecución en un tiempo breve de la libertad del ex-jesuita proveniente de Westfalia, P. Bernardo Middendorff, recluso en el convento de franciscanos en Cerralvo, cerca de la frontera de Portugal, cuya liberación habían pedido mediante la corte de Viena sus hermanos y el obispo de Hildesheim.⁵⁶ Giusti

⁵³ Su traducción al italiano se encuentra en ÖSTA-HHStA, cart. 107, Mappe 1151, fol. 137r-140r. Fue publicada en Juretschke/Kleinmann (vol. 6, 1976: 381 sig.) No me parece que pudiese deducirse de ella la procedencia noble de Michel, como lo supone Hausberger (1995: 237).

⁵⁴ Giusti al príncipe de Kaunitz, Madrid, 2-9-1776, orig. alem., ÖStA-HHStA, “Spanien Diplomatische Korrespondenz”, cart. 107, Mappe 1151 fol. 124v.

⁵⁵ Cancillería de Estado a Giusti, Viena, 3-9-1776, orig. alem., ÖStA-HHStA, “Spanien Diplomatische Korrespondenz”, cart. 106, Mappe 1144, leg. 4, fol. 342v. Es interesante que la fecha de la minuta en el folio 29r es posterior a la del original: 7-9-1776.

⁵⁶ Mundwiler (1902: 664-666). Al presentarle Guisti, el día 13 de julio de 1776, al marqués de Grimaldi la memoria en pro de la liberación de Middendorff, recordando el idéntico caso de Fritz y Erlacher, el ministro español le manifestó que el tercer alemán del cual tenía noticia fue arrestado no lejos de Bayona porque en su colchón se habían encontrado escritos que no permitían dudar de su delito. Si se tratara en este caso de Middendorff, el no podría hacer nada por él. Véase Juretschke/Kleinmann (vol. 6, 1976: 326). Esta posibilidad quedó pronto descartada y ya el 22 del siguiente mes notificó Grimaldi, que el rey ordenó concederle a Middendorff la libertad. – Véase Grimaldi a Giusti, San Ildefonso, 22-8-1776, esp., Archivo General de Simancas (en adelante AGS), Estado, leg 5047. Giusti describe sus gestiones relativas a Middendorff y la evolución de su asunto en las cartas de 15 de

deseaba repetir sus exitosos trámites también en el caso de Andrés Michel. El 27-9-1776 recibió la referida orden de Viena y al día siguiente la participó a Grimaldi, pidiéndole tan eficiente ayuda como en el asunto de Middendorff.⁵⁷ El mismo día solicitó al señor Eugenio Llaguno,⁵⁸ el cual ya había “coadyuvado con su influjo” al pronto despacho del recurso en favor de Middendorff, que le prestara semejante auxilio también en el caso de Michel.⁵⁹ Del asunto del ex-jesuita bohemio no tardó en ocuparse el mismo rey, que mandó remitir la solicitud de Giusti al gobernador del Consejo de Castilla para que fuese consultada en el Extraordinario. El rey era de la opinión de que, si no había ningún inconveniente de parte del Consejo Extraordinario, sería útil desprenderse de Michel “y de todos los de su clase”.⁶⁰

En la primera mitad de octubre llegó a la corte española el nuevo embajador, el conde de Kaunitz. Aproximadamente al mismo tiempo el cónsul previno a Greppi de que a comienzos de 1777 pensaba alejarse por cierto tiempo de Cádiz, y que nombraba para esta eventualidad como su subdelegado al director de su casa comercial Carlo Sigismundo Agazino.⁶¹ A estos hombres –Kaunitz, Greppi y Agazino– les tocó ultimar la liberación de Andrés Michel. El Consejo Extraordinario no encontró ningún inconveniente en que el rey condescendiese a la instancia de la corte de Viena sobre la liberación de Michel para su vuelta a Bohemia. El padre debía ser entregado al embajador, confiscándosele antes sus papeles, “como se ha hecho con otros que ha pedido la misma

julio, 26 de agosto, 30 de septiembre y 30 de diciembre de 1776. – Véase Juretschke/Kleinmann (vol. 6, 1976: 326, 366, 413, 456-459). Queda por dilucidar quién era el ex-jesuita alemán, cuyos escritos descubiertos al registrarse su equipaje le valieron la cárcel.

⁵⁷ Giusti a Grimaldi, Madrid, 28-9-1776, fr., AGS, Estado, leg. 5047.

⁵⁸ Se trató probablemente de Eugenio Llaguno y Amirola, futuro ministro de Gracia y Justicia de Carlos IV. En 1776 era empleado del Secretariado de Estado (Staatssekretariatsbeamte). Ver Juretschke/Kleinmann (vol. 6, 1976: 418).

⁵⁹ Giusti a Eugenio Llaguno, Madrid, 28-9-1776, esp., AGS, Estado, leg. 5047.

⁶⁰ Grimaldi al gobernador del Consejo de Castilla, San Ildefonso, 5-10-1776, esp., AGS, Estado, leg. 5047.

⁶¹ Greppi a Giusti, octubre de 1776, cop. it., ÖStA-HHStA, “Spanien Diplomatische Korrespondenz”, cart. 107, Mappe 1152, fol. 393.

corte". El rey aceptó la consulta acompañándola con las palabras "como se dice".⁶²

Antes de finalizar el mes de diciembre, el conde de Kaunitz fue oficialmente informado del contenido de la consulta, de su aprobación por el rey y de que ésta había sido notificada al Consejo Extraordinario, para que éste mandase entregar al referido eclesiástico a la disposición del embajador.⁶³ La afirmación que hallamos en la literatura, o sea, que Michel fue puesto en libertad el 21 de enero de 1777,⁶⁴ es verídica sólo parcialmente. En esta fecha participó Manuel Ventura Figueroa a Grimaldi el acuerdo del Extraordinario de que se entregase a Michel al cónsul imperial en Cádiz, a fin de que dispusiese su embarque y conducción a Alemania.⁶⁵ El esperanzado Michel, avisado de esta resolución, dirigió con fecha de 11-2-1777 la carta de agradecimiento al ministro de Estado en Viena, el príncipe de Kaunitz,⁶⁶ pero desde la decisión anunciada el 21-1-1777 y la efectiva puesta de Michel en libertad tuvieron que pasar todavía más de tres meses.

Aun en enero de 1777 mandó el embajador a Greppi que pidiese en su nombre a las autoridades de Puerto de Santa María que pusiesen al eclesiástico a su disposición. Al mismo tiempo le ordenó que en la primera oportunidad embarcase a Michel para Génova, Livorno o Tries-

⁶² El Consejo Extraordinario al rey, s.l., s.d., AGS, Estado, leg. 5047. Giusti dejó entrever su propio mérito en cuanto a esta evolución. Escribiendo sobre sus gestiones conducentes al favorable resultado indica que habiéndole parecido que en el caso de Michel hubiese más dificultad que en el de Middendorff, redobló su esmero y asiduidad hasta que por medio del gobernador y del fiscal obtuvo del Consejo Extraordinario la consulta en favor de este ex-jesuita. — Véase Juretschke/Kleinmann (vol. 6, 1976: 458).

⁶³ [Grimaldi] al conde de Kaunitz, s.l., 29-12-1776, min. esp., AGS, Estado, leg. 5047. De esta notificación de Grimaldi dedujo Giusti que Michel ya estaba en plena libertad y que para el embajador ya sería fácil procurar la ejecución total de la gracia. — Ver Juretschke/Kleinmann (vol. 6, 1976: 459).

⁶⁴ Ver p. ej. Grulich (1981:53) y Kašpar (1999: 109).

⁶⁵ Manuel Ventura Figueroa al Ministro de Estado, 21-1-1777, esp., AGS Estado, leg. 5047.

⁶⁶ Andreas Michel al príncipe Kaunitz, 11-2-1777, orig. alem., ÖStA-HHStA, "Spanien Diplomatische Korrespondenz", cart. 108, leg. 9/1, fol. 85r-85v.

te, con el fin de que pudiese continuar su viaje.⁶⁷ Pero la reclusión de Michel se prolongaba debido a la carencia de instrucciones respecto a la satisfacción de sus necesidades financieras. A fines de abril, el embajador hizo observar este obstáculo al ministro de Estado, alegando que la demora en la paga de lo que se acostumbraba facilitar a otros ex-jesuitas “no permitía a este pobre religioso gozar de la gracia que su Majestad Católica se sirvió concederle”.⁶⁸ El gobernador del Consejo de Castilla hubo de volver a ocuparse del asunto, cuya resolución efectiva no se efectuó hasta después de otras cuatro semanas. Por aquel entonces Greppi ya había salido de Cádiz para viajar por España y otros países. Su sustituto, Carlo Sigismundo Agazino, se puso de acuerdo con el conde de Trigona, gobernador del Puerto de Santa María, y con el marqués de la Cañada sobre la finalización de los trámites de la liberación de Michel. Se reunieron con este fin el 3-6-1777 en el Puerto. Después de las formalidades, descritas más tarde por Agazino, el eclesiástico pudo abandonar el hospicio en compañía de éste. Antes de salir le pagaron al padre 100 piezas de a 15 reales (?) y al sustituto del cónsul otras 45, que debía abonar por el pasaje de Michel a Génova. Después de la comida en la casa del marqués, Agazino y Michel se trasladaron a Cádiz. Michel vivió en la casa de Agazino hasta 10 del corriente, fecha en la cual subió al paquebote inglés *Unione*, cuyo capitán era Odoardo Pursel, que zarpó en el mismo día.⁶⁹

Probablemente debido a su precaria salud, Michel no continuó su viaje hasta Bohemia. Se quedó en Roma, como se desprende de un documento conservado por Francisco Miranda.⁷⁰ Probablemente murió allí, en una fecha que no he logrado averiguar.

En 1780 la diplomacia imperial, atendiendo al deseo del obispo y príncipe de Bamberg y Würzburg, consiguió de la corte española la liberación de Michael Gerstner, también ex-misionero en Nueva Es-

⁶⁷ El conde de Kaunitz a la cancillería de Estado en Viena, Madrid, 27-1-1777, orig. alem., ÖStA-HHStA, “Spanien Diplomatische Korrespondenz”, cart. 108, Mappe 1164, fol. 18v-19r.

⁶⁸ El conde de Kaunitz al Ministro de Estado, Aranjuez, 30-4-1777, cop. fr., ÖStA-HHStA, cart. 108, leg. 10/2, fol. 99v-100r.

⁶⁹ Carlo Sigismundo Agazino al conde Kaunitz, Cádiz, 13-6-1777, it., ÖStA-HHStA, “Spanien Diplomatische Korrespondenz”, cart. 107, Mappe 1160, fol. 19r-20v.

⁷⁰ “Lista de los jesuitas americanos residentes en Italia expulsados de su patria”, en: Miranda (1982: 76-79).

paña, detenido en el monasterio de Bernardinos en Sandoval, obispado de León (Mundwiler 1902: 669-670). Otro antiguo misionero de la Nueva España, Ignacio Pfefferkorn, obtuvo su libertad (1777) a instancias del arzobispo de Colonia (Mundwiler 1902: 668-669). En el caso de Jacobo Wieser, quien antes de su expulsión actuaba en Quito y en cuyo favor intervino el embajador Kaunitz, no se trató de liberación, como opina Mundwiler (1902: 669), sino de la restitución de su propio dinero, del cual había sido privado.⁷¹ Gracias al logro de la libertad, Middendorff y Pfefferkorn pudieron escribir valiosas obras (Hausberger 1995: 244-245, 268-269).

Hemos visto que en 1776, tratándose de la liberación de Andrés Michel, opinó el Rey, pasando el asunto al Consejo Extraordinario, que si no hubiera inconveniente, sería útil ir descargándose no solamente de él, sino también de todos los de su clase. Sin embargo, la corte española nunca fue tan lejos. Los ex-jesuitas que no tuvieron la suerte de que la diplomacia se interesara por ellos no tuvieron ninguna perspectiva de alcanzar la libertad.

⁷¹ El conde de Kaunitz al ministro de Estado, Aranjuez, 30-4-1777, cop. fr., ÖStA-HHStA, "Spanien Diplomatische Korrespondenz", cart. 108, leg. 10/2, fol. 99r-99v.

APÉNDICE DOCUMENTAL

I. Viena, 9 de febrero de 1768

El Conde de Mahony al marqués de Grimaldi

Sobre la actitud de la Emperatriz y del Príncipe de Kaunitz relativa al planeado esfuerzo por lograr del Papa la extinción de la Compañía de Jesús.

Muy señor mío: En consecuencia de la carta que Vuestra Excelencia me escribió con fecha de 8 de diciembre en punto de la total extinción de la orden de los jesuitas hice con este Ministerio, de acuerdo con el embajador de Francia, el uso correspondiente de las especies que V. E. me comunicó y que sobran para desear y solicitar la aniquilación de una Sociedad que desde su expulsión deben mirar como enemiga irreconciliable suya todos los ramos de la casa de Borbón, sin hablar del rey de Portugal que fue el primero en excluirlos de todos sus dominios del continente y de los ultramarinos.

He hablado ya a V. E. en carta de 29 de diciembre del año pasado de la conversación que tuve sobre ello con la Emperatriz Reina en una audiencia no solicitada con este motivo y ahora puedo explicarla a V. E. con más extensión; pero previne al mismo tiempo a Su Majestad Imperial que lo practicaría después de oficio con sus ministros y que entonces sólo la anticipaba extrajudicialmente el aviso, así por la confianza que merecían a todos los ministros extranjeros sus grandes talentos y experiencias, como por la particular que debían las cortes de los Borbones al afecto y amistad de S. M. I.

Respondióme la Emperatriz Reina que deseaba firmemente ir acorde en todo con potencias tan amigas, pero que no la habían comunicado éstas poco ni mucho los motivos particulares que habían fundado la expulsión de los jesuitas; que comprendía no obstante de no hallarse informada ni de oficio ni confidencialmente que potencias tan católicas, tan políticas y tan amantes de la quietud y bien de sus pueblos no hubieran tomado el partido de excluir de sus dominios todos los jesuitas y de desear ahora la extinción general de la orden, si para efectuar este pensamiento no hubiesen concurrido las más sólidas y eficaces razones; que no podía proceder directamente en sus dominios ni en el Estado Eclesiástico contra religiosos que no eran reos en su país aunque lo serán en otros de delitos que no se publicaban, pero que siempre que las cortes interesadas pudiesen lograr su extinción en la corte de Roma, no daría S. M. I. paso alguno en su favor y que consentiría en ver extinguida esta Sociedad (que para con ella no era delincuente) en los mismos términos que lo consiguiesen las potencias que conociéndola rea solicitasen su extinción.

Añadí, antes de despedirme, que aunque cortes tan amigas parecían muy acreedoras a una unión de parte de la de Viena para el logro de una idea tan

conveniente a todas, podrían tal vez contentarse por ahora con la oferta que hacía S. M. I. de no oponerse; pero bien entendido que no la creyesen tan indiferente los jesuitas y que no se hallasen bajo mano enterados de esta indiferencia que harían tal vez sonar en Roma como protección y seguramente como reconocimiento tácito de la insubsistencia de los cargos que se les hacen.

El Príncipe de Kaunitz se extendió más que la Emperatriz sobre este asunto. Dijo que si se han fundado en gran parte todas las cortes que los han expelido en la inquietud que causaba esta compañía en sus reinos, no tiene la Emperatriz Reina la misma razón para echarlos fuera de sus dominios, en los cuales esta Sociedad no ha sido inquieta. Que extrajudicialmente había visto algunos papeles de Portugal que no satisfacían su deseo de aclararse más sobre esta materia; que los cargos que hacía la corte de España en sus edictos eran generales y no daban la luz particular que buscaba; que las máximas que se atribuían a los jesuitas, aunque tan perversas, eran las mismas ahora que las que se les habían atribuido más de un siglo ha, cuando florecían tanto en España, Francia y Portugal; y por fin que los jesuitas de los países hereditarios eran más simples que cavilosos, y apoyó mucho en esta pretendida simpleza para persuadir que no eran temibles en Viena como en otras cortes.

Como yo no alcanzaba interiormente esta simpleza que se les suponía menos para defender su pretendida inocencia que para declinar su merecida sentencia, le dije que entre los jesuitas de Alemania había habido bastantes sujetos capaces, literatos y teólogos a su modo; que los jesuitas tontos se gobernaban como los capaces por igual sistema de su General, cuyo ciego despotismo hacía casi esclavos de un solo individuo a todos los individuos sin excepción de talentos ni dispensa de sabidos; que si en el siglo pasado, en este y aun desde los principios de su fundación profesaban máximas tan erróneas, la vejez y porfía de sus errores era un nuevo cargo contra la Sociedad, pues probaba la imposibilidad de la enmienda y demostraba que era más fácil extinguir la Compañía que reformarla. Y por fin, que estos jesuitas tontos de Viena habían tenido no obstante el arte de conseguir todos los confesionarios de Palacio sin interrupción, pareciéndome por otra parte algo singular suponer en línea de religión y conciencia más sabido al Real penitente que al teólogo confesor.

Estoy en que el Príncipe de Kaunitz se engaña cuando dice que los jesuitas de Alemania han sido siempre tan quietos, pues así como fueron expulsos de Francia el año de 1594 y de Venecia en 1606, merecieron también ser expulsos en 1578 de Amberes, en 1618 de Moravia y en 1619 de Bohemia, todos países hereditarios que posee hoy la Casa de Austria.

Casi no dudo que el Emperador daría gustoso la mano a la expulsión e igualmente a la extinción de esta Compañía, como también creen los más que si reinase sería una de sus primeras operaciones el disminuir las rentas y el número de individuos de otras órdenes religiosas de los países hereditarios. Pero por ahora no veo ninguna disposición ni en la Emperatriz Reina ni en su

Ministerio para expeler los jesuitas de los dominios austriacos y aun menos para solicitar su aniquilación en Roma, pues alegan siempre que para este último paso sería preciso dar causales, como los darán las demás potencias cargadas de motivos que pretende esta corte no tiene ni conoce. Será pues indispensable contentarse en el día con la oferta que hace la Emperatriz Reina de no oponerse y que en su real nombre nos ha ratificado el Príncipe de Kaunitz al embajador de Francia y a mí, y confío que los ministros entre los cuales no obstante hay varios parciales de los jesuitas abonarán la palabra de S. M. I., ya por respeto a su Soberana y sobre todo por contemplación al Emperador, ya por miramiento a las otras potencias cuyo pensamiento conocen interiormente no pueden cruzar, pues juzgan aun los más apasionados a esta orden que una sola potencia, que aun no puede sacar públicamente la cara en defensa de la Compañía, no querrá entrar en el empeño y cuidado de contrarrestar la solicitud de tres grandes soberanos católicos a cuya protección y amparo debe tanto la misma corte de Roma, y que en todos tiempos han empleado la autoridad de sus Coronas en sostener y extender nuestra sagrada religión. El Príncipe de Kaunitz es de dictamen que las tres Cortes aunque acreedoras a la más alta consideración no podrán conseguir la extinción de la Compañía mientras viva el actual Papa gobernado por el cardenal Torreggiani que lo es por el general de los jesuitas, pero cree el logro de la idea más fácil cuando vaque la Santa Sede y en tiempo de conclave.

P. D. — Envío esta Carta abierta al señor Conde de Fuentes para que se entere de su contenido.

(Minuta, Madrid, Archivo Histórico Nacional, Estado, leg. 3518(1))

II. San Ildefonso, 29 de septiembre de 1773 Marqués de Grimaldi al Príncipe de Lobkowitz

Respuesta a los oficios presentados por el embajador Lobkowitz en favor de los tres ex-jesuitas, vasallos de la emperatriz.

Muy señor mío; En consecuencia de los oficios que V. E. se ha servido pasarme relativamente a los tres jesuitas alemanes que se hallan arrestados en estos Reinos, debo manifestarle que se han tomado a todos los informes necesarios y que de ellos resulta haberse considerado a estos individuos como vasallos españoles y como tales haber sido empleados en parajes de la dominación española, señaladamente en América, adonde de ningún modo se les habría dejado establecer si fuesen vasallos de otra potencia; que en el día se hallan en prisión no por ser jesuitas sino por asuntos personales; que no es posible ponerlos en libertad hasta ver la conclusión de la causa que está pendiente; y en suma, que en el interim están bien asistidos y tratados.

Es cuanto puedo decir a V. E. en satisfacción de sus oficios y repitiéndome a sus órdenes ruego a Dios guarde su vida muchos años como deseo.

(Original, en Státní oblastní archiv Žitenice, fondo RA Lobkovicové hořínští, cartón 36.)

III. Cádiz, 2 de diciembre de 1774

Antonio Greppi a Jorge Fraidenegg

Le pide a Fraidenegg que conteste con entera verdad las diez preguntas relativas a sus datos biográficos y al posible motivo de su reclusión, para que el embajador Lobkowitz pueda guiarse por estos informes.

Muy señor mío: Informado Su Alteza el señor Príncipe de Lobkowitz, Embajador Cesáreo en Madrid, de la reclusión de Vuestra Merced con otros 25 socios y propenso a solicitarle el posible alivio como a vasallo de Sus Majestades Imperiales y Reales, me manda que me informe de V. M. plenamente. Por tanto será indispensable me conteste categóricamente por escrito a las siguientes preguntas, bien entendido que explayará su pecho con toda libertad y sinceridad aun cuando se trate de confesarse culpado, pues qualquiera ocultación o alteración sería irremisiblemente óbice a la protección de S. A. y expondría a V. M. a una condición mas dura de la en que V. M. se halla en el día.

- 1º Quién sea, su patria, cuándo y en qué parte vistió el hábito religioso, qué empleos o comisiones ha desempeñado en Alemania.
- 2º En que tiempo vino a España, con qué empleo o comisión, cuánto tiempo y en qué parte se detuvo.
- 3º En qué tiempo y de orden de quién pasó a la América, a qué parte de ella, si en una o más provincias y con qué inspección o empleo.
- 4º En qué tiempo lo prendieron, adónde y en qué navío vino a España.
- 5º Por qué motivo fue severamente recluso en el Puerto de Santa María.
- 6º Si por hechos, palabras, escritos o deposiciones de otros socios o extraños o por otras pruebas o conjeturas le hayan acriminado algun delito que merecidamente le constituya en la condición en que se halla; si por inteligencias, cohechos, insinuaciones, cábalas, coherencias generales o particulares o por otros enredos o artificios ofensivos al gobierno o al bien y sosiego público.
- 7º Si le han tomado o no jurídicamente o en privado declaraciones, probado algún delito o significado los motivos de su detención.
- 8º En el supuesto de que no se crea reo o que no puedan probarle algún delito será muy conducente que me comunique todo lo que puede conjeturar por

sí propio que el gobierno recele de él y de sus compañeros, pues sin esto no se puede imaginar que le trataran tan diferentemente de los compañeros expulsos.

- 9º Si desde que lo trajeron a España lo depositaron en el hospicio en que se halla, cómo vive, en qué términos le tratan y en qué estado de salud se halla.
- 10º Qué diligencias, representaciones, a quién, cómo y cuándo ha hecho para alcanzar su libertad o alivio, qué respuestas ha tenido o resultas.

Repito que todas estas interrogaciones es necesario que V. M. satisfaga con claridad, sinceridad y brevedad sin tergiversaciones o equívocos, siendo cierto que qualquiera ocultación expondría a S. A. a quedar mal con su empeño y V. M. perdería la esperanza de su libertad.

En papel separado se servirá V. M. también indicarme con todos los apellidos y patria de los socios de su infortunio, las particularidades que a cada uno los distinguen, y señaladamente las de los vasallos de Sus Majestades Imperiales y Reales. Ésta la recibirá V. M. por medio del Padre Ignacio Fritz, recluso en San Diego, y por el mismo sujeto o otro de su satisfacción podrá V. M. dirigirme la respuesta a mi nombre.

Don Francisco Gromling, secretario que fue particular de S. A. ya me dio noticia de haber hablado con V. M. días pasados y de las dificultades que encontró para ello, y por esto he tomado el partido de escribirle, no dudando que podemos así enterarnos de todo y cooperar a su alivio en el que me interesaré con mucha complacencia.

(Copia, en Státní oblastní archiv Žitenice,
fondo RA Lobkovicové hořínští, cartón 36)

IV. Puerto Santa María, 4 de diciembre de 1774**Jorge Fraidenegg a Antonio Greppi**

Responde las preguntas de Greppi, le informa sobre la posibilidad del encuentro personal y le envía la lista de sus compañeros reclusos, como él, en el hospicio del Puerto de Santa María.

Muy señor mío: Recibo la de Vuestra Merced fecha en Cádiz en 2 de diciembre de 1774 y enterado de su contenido satisfaré gustoso al informe pleno de mi estado que solicita de orden de Su Alteza el señor Príncipe de Lobkowitz, Embajador Cesáreo en Madrid. Prevengo ante todo que puede S. A. quedar enteramente asegurado que mis respuestas no discreparán un ápice de la verdad, y que puesto en el terrible momento de dar cuenta al Supremo Juez, a quien nada puede ocultarse, no respondiera más ni menos de lo que digo. Para evitar toda confusión contestaré a los puntos por el mismo orden que V. M. los pone.

- 1º Mi nombre es George Fraidenegg, mi patria el castillo de Picheloffen en la Stiria. Mi padre fue Mariano Nicolás de Fraidenegg, dueño de dicho castillo. Tomé el hábito religioso en Viena, en donde enseñé retórica y estudié parte de la teología.
- 2º Con licencia del Padre General y superiores de la Provincia de Austria vine a España el año de 1755 con destino a las misiones de Indias.
- 3º A fines de dicho año de 55 con las facultades necesarias de la corte de Madrid me embarqué con otros 39 compañeros para la América y por marzo del año 1756 llegué a la Provincia de México en la Nueva España con el mismo destino de misionero.
- 4º Me arrestaron a fines de Julio de 1767 en mi misión de Santa Cruz en el Río Mayo, donde me hallaba a la sazón de superior de la Provincia de Sinaloa, y fui conducido a España el año de 69 en la urca del rey llamada San Julián.
- 5º Ignoro enteramente el motivo por que fui severamente recluso en este Puerto de Santa María.
- 6º No sé que ni por hechos, palabras, escritos o deposiciones de otros socios o extraños o por otras pruebas o conjeturas a mí o a alguno de mis compañeros se haya acriminado delito alguno que merezca la reclusión en que nos hallamos; y asimismo ni por inteligencias, cohechos, insinuaciones, cábalas, coherencias generales o particulares ni por otros enredos o artificios sé haber cometido cosa que fuese ofensiva al Gobierno o al bien y sosiego público; y lo mismo debo decir de todos y cada uno de mis compañeros.
- 7º No se me ha tomado en particular declaración alguna, y menos probado delito alguno ni significado los motivos de mi detención; fuera de la

filiación que generalmente se tomó a todos recién arrestados y llegados a este Puerto se nos han tomado a todos los reclusos en este hospicio dos declaraciones. La primera el 2 de marzo del año 1770 y en ella se hicieron a cada uno separadamente por orden de la Corte las preguntas siguientes: 1ª El nombre, apellido, patria, edad. 2ª El año y lugar en qué entró en la Compañía e hizo sus votos religiosos. 3ª ¿Qué empleos ejerció en dicha Compañía? 4ª ¿Qué año pasó a las misiones de Indias? 5ª ¿Cuánto tiempo estuvo en ellas? 6ª ¿Qué medios le parecían los más seguros y acertados para conservar y promover en lo venidero aquellas cristiandades?

Asimismo en 21 de octubre del año de 1771, por orden de la Corte del mismo modo que la primera se nos tomó segunda declaración que se redujo a las preguntas siguientes: 1ª Si habíamos conocido al Padre Ignacio Keller y al Padre Fernando Konsack. 2ª Si nos constaba de su muerte y en qué año había sucedido.

Ambos eran vasallos de la Emperatriz Reina. El Padre Ignacio Keller, moravo, murió el año de 1759 en la Pimería Alta, una de las Provincias de misiones en la Nueva España. El Padre Fernando Konsack, húngaro, murió el año de 1760 en la California; mas en la Corte hubo (según se nos aseguró) quien informase ser falsa la muerte de dichos Padres, y que antes bien se habían refugiado a los indios apóstatas o gentiles.

- 8º Como nada hallo en mi conciencia que me constituya reo para con el Rey y sus ministros y sé lo mismo de mis compañeros; y además como no se nos ha hecho cargo alguno y mucho menos probado el menor delito, no tengo fundamento sobre que conjeturar los motivos que el gobierno tiene para tratarnos con este rigor extraordinario entre todos los demás compañeros expulsos.
- 9º Desde que llegué a este puerto fui depositado con todos mis compañeros en este Real Hospicio de donde no hemos salido a excepción del Padre Joseph Garrucho de Cerdeña que pocos días después de nuestra llegada fue conducido a Madrid por orden superior, sin que hayamos sabido en tiempo alguno ni los motivos ni su paradero. Aquí vivimos rodeados de centinelas día y noche y privados rigurosamente de toda comunicación. El trato de nuestras personas ni ha sido ni es correspondiente a la piadosísima intención y benignidad del Rey y a la voluntad expresa de Su Majestad que claramente consta en el Real Decreto de nuestra expulsión, y entre otros al número 9 de las instrucciones impresas que de su orden dirigió el excelentísimo señor conde de Aranda a todos los comisionados en el negocio de nuestro extrañamiento. De esto y de la falta de ejercicio en tantos años se ha originado quebrantarse notablemente mi salud y la de muchos otros compañeros, cuyo número ha quedado reducido a 25 (sin el que fue a Madrid) de 51 que fuimos arrestados con haber muerto 5 en este hospicio y los demás en la América en el viaje que hicimos por tierra.

10º Ninguna representación se ha hecho aquí para el recobro de nuestra libertad. Sólo en Viena me consta que algunos amigos motu proprio dieron parte de la suerte mía a la Emperatriz Reina y que compadecida esta benignísima señora mandó con suma benevolencia se le presentara sobre ese asunto un memorial en forma, como se hizo luego, y prometió su Majestad Imperial Real y Apostólica empeñarse en favor mío por medio de su embajador en Madrid. Esto sucedió por agosto de 1772, y hasta ahora no ha habido otra resulta.

Con esto me parece haber satisfecho ya a todas la preguntas de Vuestra Merced. Repito de nuevo, como ministro, aunque indigno del Altísimo, que nada digo ajeno de verdad y si estando para dar cuentas a Dios se me hicieran esas preguntas, diera las mismas respuestas. Incluyo también en papel separado como V. M. me advirtió los nombres etc. de los demás socios y le agradezco sumamente las expresiones de su afecto y lo mucho que se interesa en nuestro alivio. Estimaría en gran manera tener la fortuna de comunicar personalmente a V. M., y no con la precisión que a don Francisco Gromling. Y aunque este señor le habló de las dificultades que hay para verme, crea V. M. que no es tan difícil como parece. Es verdad que las órdenes son rigurosas; pero los oficiales son francos y puedo asegurar a V. M. que siempre que gustare de venir logrará hablarme. Toda la dificultad está en que sepa yo de su llegada. Y aun ésta se vencerá con darse a conocer al señor don Antonio Van Laken, comerciante flamenco, vecino de este Puerto y sujeto de toda confianza, que vive calle de la Encarnación, esquina de la cárcel vieja y San Agustín, a quien ya tengo prevenido a ese fin, y por su medio tendré yo aviso de la llegada de V. M. y se lo daré de la hora oportuna de venir. Por su mano dirijo ésta, y del mismo conducto con satisfacción puede valerse siempre que tuviere algo que mandarme, y aunque en las circunstancias de poco o nada puedo servir, todo ello estará siempre pronto al obsequio de V. M. de quien quedo con el mayor respeto.

Razón de los ex-jesuitas que con el Padre don Jorge Fraidenegg
se hallan reclusos en el Hospicio del Puerto de Santa María

Nombre	Patria	Año en que nació	Entrada en la Compañía	Nombre de la misión en que estuvo	Años que estuvo en misiones	Año que con licencia de la corte pasaron a la América
Padre Julian Salazar	Mexicano	1728	1747	Bahcom	7	-
Padre Lorenzo Garcia	Mexicano	1713	1731	Torim	29	-
Padre Juan Mariano Blanco	Mexicano	1730	1748	Potam	8	-
Padre Juan Salgado	Mexicano	1710	1730	Virivis	30	-
Padre Joseph Garfías	Mexicano	1709	1730	Sinaloa	30	-
Padre Francisco Xavier Anaya	Mexicano	1709	1733	Tehueco	27	-
Padre Francisco Ita	Poblano	1731	1746	Teapahui	11	-
Padre Xavier Gonzales	Poblano	1732	1753	Tecoripa	4	-
Padre Diego Barrera	Poblano	1726	1744	Soamca	11	-
Padre Luis Vivas	de Aragón	1720	1750	Tubutama	15	1750
Padre Custodio Ximeno	de Aragón	1734	1752	Guebari	4	1760
Padre Antonio Castro	de Mantilla	1738	1755	Vac	2 meses	1755
Padre Miguel Almela	Valenciano	1729	1748	Opodepe	8	1750
Padre Benito Romeo	de Corella	1728	1749	Cumuripa	7	1750
Padre Vicente Rubio	de Calatayud	1737	1753	Conicari	3	1760

Nombre	Patria	Año en que nació	Entrada en la Compañía	Nombre de la misión en que estuvo	Años que estuvo en misiones	Año que con licencia de la corte pasaron a la América
Padre Joseph Texedor	Castellano	1726	1742*	-	3	1760
Padre Antonio Ventura	de Cádiz	1727	1750	Mochicahui	10	1750
Padre Juan Antonio Cedano	de Guadalajara (Nueva España)	1727	1747	Chicorato	10	-
Padre Ildefonso Espinosa	de las islas Canarias	1720	1750	Caborca	15	-
Padre Miguel Gerstner	de Francia	1723	1744	Saric	10	1755
Padre Andrés Michel	Bohemo	1732	1754	Urez	6	1755
Padre Jacobo Sedelmeier	Bavaro	1703	1722	Matape	31	1736
Padre Ignacio Pfefferkorn	de Mannheim	1725	1742	Cucurpe	10	1755
Padre Bernardo Middendorf	Westphalo	1723	1741	Moras	10	1755

Nota: * El Padre Joseph Texedor fue misionero circular en la Provincia Mexicana. — Las Misiones aquí expresadas se hallan todas en la Provincia llamada Sonora, en la Nueva España.

(Copia, en Státní oblastní archiv Žitenice, fondo RA Lobkovicové hořínští, cartón 36)

Bibliografía

- Aspruz, Lázaro (1964): *La aportación extranjera a las Misiones españolas del Patronato regio*, Madrid: Publicaciones del Consejo de la Hispanidad.
- Fechtnerová, Anna (1993): *Rectores Collegiorum Societatis Iesu in Bohemia, Moravia ac Silesia usque ad annum MDCCLXXIII iacentum*, Pars II, Praha: Národní knihovna.
- Grulich, Rudolf (1981): *Der Beitrag der böhmischen Länder zur Weltmission des 17. und 18. Jahrhunderts*, Königstein/Ts.: Veröffentlichungen des Instituts für Kirchengeschichte von Böhmen, Mähren und Schlesien, Neue Folge, vol. 7.
- Hausberger, Berndt (1995): *Jesuiten aus Mitteleuropa im kolonialen Mexiko. Eine Bio-Bibliographie*, Wien: Verlag für Geschichte und Politik. München: R. Oldenbourg Verlag.
- Juretschke, Hans/Kleinmann, Hans Otto (eds.) (1976): *Berichte der diplomatischen Vertreter des Wiener Hofes aus Spanien in der Regierungszeit Karls III.*, vol. 6, Madrid.
- Kašpar, Oldřich (1999): *Jezuité z české provincie v Mexiku*, Olomouc: Danal.
- Kašpar, Oldřich/Fechtnerová Anna (1988): "Checos, Moravos y Silesios en el Nuevo Mundo en los siglos XVII y XVIII", en: *Annals of the Náprstek Museum* 15, p. 174.
- Miranda, Francisco (1982): *América espera*. Selección, prólogo y títulos J. L. Salcedo-Bastardo. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Mundwiler, J. B. (1902): "Deutsche Jesuiten in spanischen Gefängnissen im 18. Jahrhundert", en: *Zeitschrift für katholische Theologie* 26, pp. 621-672.